

# COMO

Por JOSE ANTONIO  
GÓMEZ MARÍN



# SE HA



ACE cien años de esto. España, a flor de piel cuando menos, aparece más viva que nunca. Del emporio europeo, llegan hasta ella ramalazos de ese «progreso» que ahora llamaríamos «desarrollo», en el mismo baúl que la levita y el hongo. La industria se va haciendo fuerte, y los caminos, mejorados ya y en vías de librarse de la plaga bandolera, hacen posible un comercio floreciente y animado. La Bolsa es el cuento de la lechera que logra canalizar, por primera vez, el pequeño ahorro ciudadano. Parece que se diluye, por fin, la reumática economía de subsistencia agraria y que va a irrumpir la sociedad «moderna», que tanto preocupa al atento observador del momento. Asistimos al apogeo de todas las artes menores: triunfan las cupletistas y los cantantes, los toreros de postín y los «cantaos crudos». Madrid, Barcelona, Zaragoza, los escasos centros urbanos, aprueban sus planes de ensanche y ven levantarse sus primeros «barrios» residenciales. Los caminos de hierro, una mina de oro, tienden timidamente sus tentáculos. Las minas se alquilan al extranjero mejor postor.

¿Quién es el agente de esta transformación? Hagamos un alto de museo. El retrato, ese otro arte menor, conserva en su animado protocolo la imagen de aquellos románticos en cuarto menguante, visiblemente vulgares, satisfechos y un punto obesos: retratos de Esquivel, de Teseo, de Federico y Raimundo de Madrazo, inefables grabados de «La Ilustración Española y Americana»...

Es la burguesía que se afirma y que quiere sobrevivir en estos

lienzo fidedignos, cuidadosos, pronto arrinconados. La inmensa zona media, nervio de la cacareada «regeneración» del país desde hace siglos, que ahora sale de su catacumba y se pasea por la ciudad contagiándolo todo de su pragmatismo, de su energía traficante, de su capacidad creadora.

Contemplar desde esta España nuestra, con su alicorta presunción neoliberal y su recién estrenado criticismo, ese hondón que se extiende entre el año de gracia de 1868 y el desdibujado colofón republicano, constituye, a buen seguro, una experiencia sumamente ilustrativa, sobre todo por lo que podría haber de superficialmente común, de coincidencia.

**LA HERENCIA DE LA GLORIOSA.**—En el año 68 del siglo pasado, los españoles dieron el más famoso volapié de los anales decimonónicos. La monarquía de Isabel II —la Isabelona castiza de la farsa popular— se derrumbaría ante el empuje de una España nueva que pretendía abrir las ventanas y liquidar los obstáculos que se oponían a su alineamiento europeo.

Pero, ¿quién hizo esa revolución, qué era lo que buscaba arrojando del Trono a la dinastía secular? ¿Qué fue lo que luego dejó en medias tintas tanto entusiasmo renovador? El golpe del 68 fue un intento de revolución burguesa concebido democráticamente, por el que «se quiso dar al país la posibilidad de gobernarse a sí mismo». En líneas generales, pues, se trataba de agilizar la convivencia española de modo que una concepción nueva de la vida política y social permitiera el «relanzamiento», como se dice ahora, efectivo de una burguesía en ascensión a la que se le había que-



# ACE UN REY DE ESPAÑA

## 1 LA ESPAÑA DEL REY GALANTE

dado estrecho el moderantismo y sus limitaciones. La Cataluña industrial, sobre todo, discrepaba de un régimen que la conducía a la ruina desde que la guerra de Secesión americana produjo la conmoción en los mercados de materias primas. La crisis económica del año 66 acabó de enconar los ánimos y produjo, además, el retraimiento de una amplia zona media —la menestralía—, cuyos ahorros se fueron por el escotillón del «crack» financiero.

Pero, no lo olvidemos, hubo que contar también con el pueblo —el pueblo ciudadano, claro—, que, a la sombra de las reivindicaciones burguesas, se aprestó a jugar la carta de sus derechos inalienables. La soberanía popular, el dogma volteriano y tremebundo que tanto pavor infundía a la familia isabelina, pasó a ser una categoría evidente: una conquista liberal.

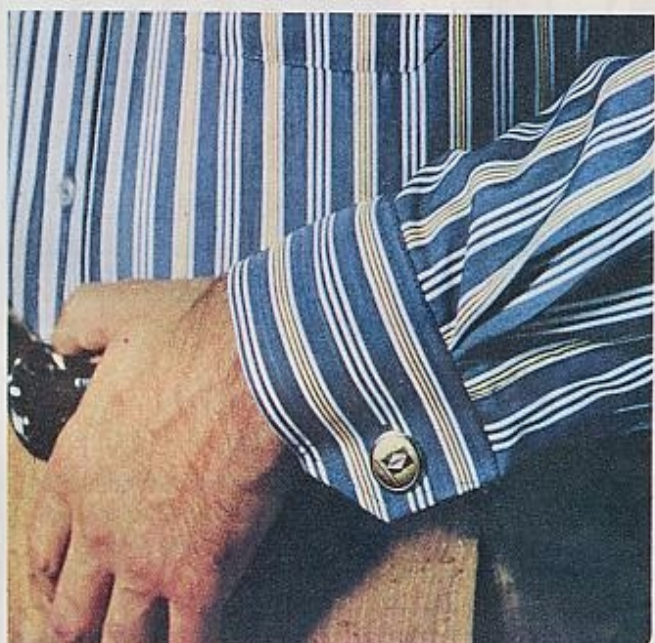
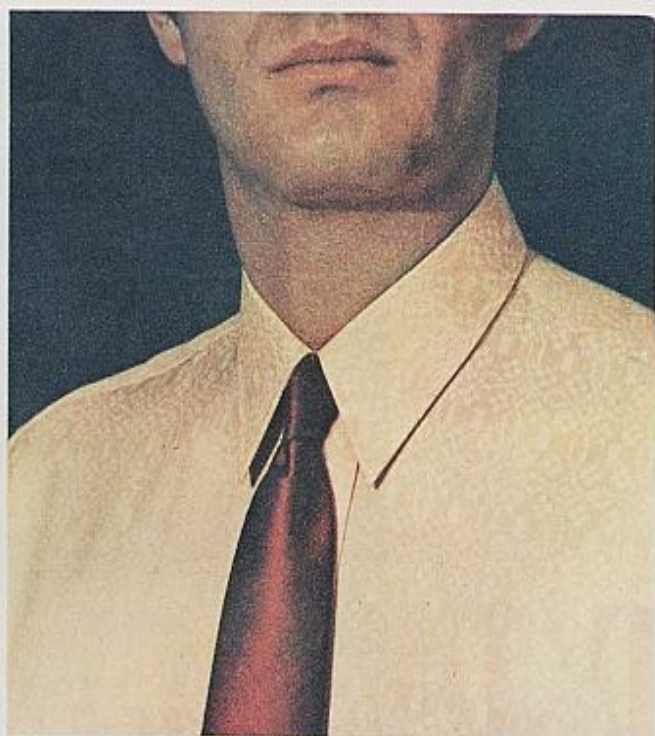
Las posibilidades de esa Revolución estribaban en la actitud resuelta de cambio afectada por las burguesías, tanto como por el democratismo disuelto entre las masas «conscientes». Por eso hubo que contar con el pueblo, aunque sólo fuera en términos de utilización retórica, poniendo punto final al chocho maximalismo liberal que, se pensaba, había llegado a su fin. Al pueblo se le prometieron dos cosas: abolir las «quintas» y eliminar los «consumos»; es decir, descargarle del fardo que era su más cotidiana preocupación. Y aquí fue donde terminaría evidenciándose el carácter convencional y de emergencia de los compromisos septembrinos. Y de aquí partió, en consecuencia, el disgusto y el desencanto que iba a dejar solos, en medio de la desbandada general, a los líderes visibles del movimiento. Cuando el país se apercebía de que el verdadero cambio no iba a afectar a las estructuras ni

iba a resolver los urgentes problemas diarios, las inocentes chuscadas aldeanas resonaron como marselesas:

«Madre, los quintos se van  
y yo no me quiero ir...».

Lo importante es comprender que el fracaso de la Revolución venía condicionado, como tal movimiento burgués, por la precariedad de los grupos burgueses que la motivaron. La burguesía no era un «bloque», sino un conglomerado de estratos definidos diversa o excluyentemente, cuya escisión definitiva, por lo demás, iba a hacer inevitable el propio desarrollo revolucionario. El caso fue que en el año 68 —y menos aún en los siguientes— la burguesía no podía ofrecer un programa único por la razón elemental de que sus intereses no lo eran. Por lo demás, tampoco tuvo esa burguesía ni fuerza ni poder —ni dinero, tal vez— para conseguir la unanimidad imprescindible.

El Gobierno Provisional se encontró atrapado entre las exigencias de una teoría sumamente clarificadora y el peso de una tremenda realidad: que sus mandatarios burgueses no estaban dispuestos a desarrollar la revolución «en sus consecuencias», ni el pueblo estaba dispuesto a marchar disciplinadamente por un sendero trazado de antemano de paciente constitucionalismo. El orden público, como siempre en este país, fue el punto de ruptura. Y, naturalmente, el Gobierno «revolucionario» tuvo que replegarse en una nueva política de pactos parciales que, a la larga, no podía evitar su descalificación. Su culpa fue no advertir la distancia que mediaba ya entre la retórica progresista y el decidido tono demo-



**TOP:**  
*For The Man  
 Of The World  
 (Para el Hombre  
 de Mundo)*

**enriquece  
 su colección**

**Moda "In"  
 Talle Joven**

Camisas en Deborée, Blonda y Labrados, según las últimas tendencias de la moda "In". Entalladas en distintos grados, se amoldan al cuerpo.

Además, la exclusiva para España de un nuevo tejido importado de Italia vestán, que ofrece conjuntamente las ventajas de la batista y el popelín Especial para camisas clásicas, modernas y de "Sport".

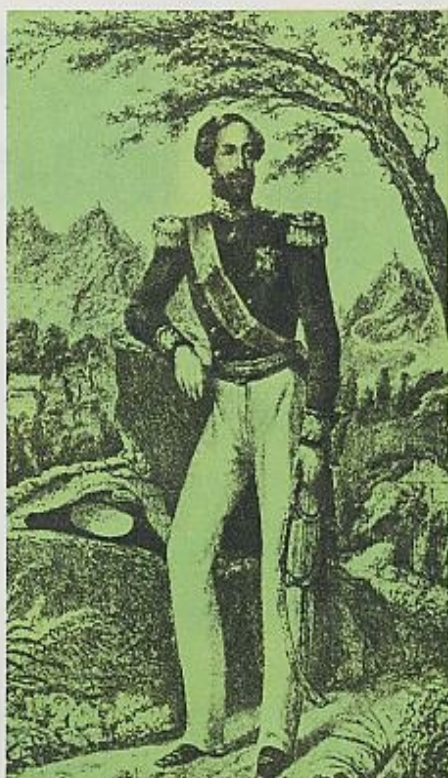
TOP sigue presentando su colección con gran variedad de modelos en cuellos y puños para cada línea.

TOP mantiene su línea de lujo con la excepcional TOP/ewe de puro algodón egipcio, que realmente no necesita plancha.



## COMO SE HACE UN REY DE ESPAÑA

Sor Patrocinio,  
la Monja  
de las Llagas,  
encarna la influencia  
clerical  
en la mente  
del pueblo.  
La leyenda  
de sus estigmas  
pasó a la historia  
integrando  
la que Valle-Inclán  
llamó  
«camelancia mística»  
de la corte de Isabel.  
A la derecha,  
don Fernando  
de Coburgo.



crático que el liberalismo se había incorporado, quizá definitivamente. Y así hubo de arbitrase una vía media que aniquilaba las esperanzas revolucionarias al tiempo que aseguraba la continuidad septembrina: la democracia renunciaba al Poder —al Gobierno— a cambio de que las famosas «conquistas liberales» lograran, con fuerza y rango legal, un puesto en la barahúnda de reconocimientos públicos que embargaban la mente de la época. Fueron ley desde entonces —pero, quizá, sólo eso— la soberanía, la igualdad ante el Derecho, la Libertad... Entre las cataplasmas de esos decretos murió, asfixiada, la Revolución que tantas esperanzas fue capaz de mover.

**LA NACION SE DEFINE.**—Todo el mundo tenía prisa en España por ver constituidas las Cortes de la Nación. Ese fue el compromiso supremo contraído por la coalición de los partidos en Ostende y en Bruselas: la Nación había de decidir su futuro y dar a su vida política la forma que mejor le cuadrara. Así se hizo...

El señor Sagasta inauguró la gestión revolucionaria poniendo en marcha el mecanismo, que iba a perdurar tanto tiempo, de la gitanería parlamentaria. Desde la poltrona de Gobernación, el ático maestro de la marrullería liberal, organizó las casillas de una elección a gusto de todas las capacidades gubernamentales. Así, la

coalición unionista-progresista-demócrata definió la continuidad monárquica, apoyando como pudo ese arraigado sentimiento en abundantes subsidios ministeriales y en promesas de prebendas varias.

Pero contemplemos en su abigarrado conjunto el campo de batalla nacional. La opinión de la calle —de los sectores politizados, se entiende— no estuvo jamás tan dividida ni con tanto encono. El bando monárquico —¡viva España con honra!— estaba, según el sector, en favor de Montpensier, de don Alfonso, de don Carlos; el republicano, llevando la Gloriosa hasta su límite lógico, dilucidaba, con evidente precipitación, las ventajas del unitarismo o de la Federal. Hasta hubo quien defendió el Gobierno Provisional en sí mismo, es decir, el *statu quo* revolucionario, el gobierno de los líderes, el serranismo o la hegemonía de Prim, según cada quien.

La elección, sin embargo, no pudo aclarar los matices. Se limitó a sentar claro que España era aún monárquica y que la honra —la negra honrilla, vamos— estaba satisfecha con el destierro de los Borbones. Prim, remozando el tópico eterno, declaraba al país no maduro para calarse el morrión republicano y echaba por la borda —oficialmente, al menos— las esperanzas de los exaltados. Ahora sólo quedaba una salida, y a él tocaba encontrarla. No iba a serle fácil.

### EL AMBIENTE ESPAÑOL.

Los días que siguieron a la Gloriosa se vivieron en España con una pasión desconocida. Hay dos hechos reveladores que conviene consignar: la animación parlamentaria calando en la atención de la calle —Madrid, «de Corte a Cortes», podríamos titular— y la súbita importancia que cobran las provincias dentro de la concepción todavía eminentemente metropolitana y exclusivista del madrileñismo político.

El genio de Galdós ha pintado como nadie este cuadro insólito. Se estrenaba el sufragio, y el entusiasmo convirtió Madrid en un gozoso paseo de pretendientes y curiosos. Es famosa la fiebre oratoria que inflamó el pecho ibero en perjuicio, seguramente, de los profundos intereses parlamentarios. Cualquiera se creía llamado en aquellos días a levantar sus derechos orales por encima, incluso, del proverbial «tiempo reglamentario». La esquila presidencial trabajó lo que pudo. Al Congreso se iba «de sesiones». La venerable casa abrió sus puertas a una multitud curiosa o intrigante que dormitaba en las gradas, coreaba a los suyos y bebía té en el «Buffet». Se venía «de provincias» a conocer los grandes o atraído por el señuelo de las fáciles «conquistas» parlamentarias, que tampoco faltó el amoroso aliciente en los pasillos de la Casa Nacional. Fueron notables los éxitos tribunicios y triunfó de nuevas la joven gene-

ración de políticos que llegaba a la vida pública en volandas de la Revolución. Allí, según Galdós, eran proverbiales el gracejo escandaloso de Romero Robledo, el desaliño atrabiliario de García Ruiz, la severidad de Gabriel Tejada, los trajines sin cuento de Sagasta, el docto academicismo de Valera, la prevención gramática de Cánovas, el continente sereno de Pi. Y a su alrededor, un enjambre de meritorios, picapleitos, bachilleres y cesantes. Quizá nunca como entonces se prometió tanto ni se dio tan poco.

El nuevo ambiente impuso una novedad: la importancia de las provincias, en especial de las periféricas, bastión de las burguesías comprometidas y vivero electoral de quien más y quien menos. La Gloriosa se fraguó «en provincias» y tuvo desde un principio un marcado acento localista. Las Juntas representaron en aquella ocasión los intereses lugareños definidos por oposición al centralismo borbónico, sobre todo en Cataluña, porque allí tenía asiento tanto el emporio burgués, definitivamente opuesto a la capitalidad de Madrid, como el naciente obrerismo, proclive a radicalismos de todo tipo, pero, en todo caso, independentista. Se ha dicho, y con razón, que por aquel entonces España tenía esta capitalidad repartida entre Madrid y Barcelona.

Los compromisos revolucionarios, aún no liquidados de modo oficial, permitieron que se ha-

# Al tanto, amigo! cuando usted pide un Bitter piensa en Cinzano



pídalo  
por  
el nombre  
que  
lo ha hecho  
célebre



## Bitter Cinzano Soda

Chin, Chin,



CINZANO



## COMO SE HACE UN REY DE ESPAÑA

Espartero  
y Montpensier,  
dos candidatos  
difíciles.  
Viejo y cansado  
el de Vergara,  
no dudó  
en rechazar  
la oferta.  
El duque,  
en cambio,  
no se resignó  
nunca.



blara con gruesos caracteres de los líderes locales, institución de nuevo cuño y escasa posteridad. Y quién sabe si bajo este logro revolucionario se agazapaba ya la berza de un caciquismo, viejo como el hombre hispano, pero que ahora oía sonar la hora mayúscula de su historia.

España hervía: monárquicos y republicanos, aquéllos y éstos, entre sí, duros y libertarios, los del librecambio o la protección, partidarios de la «unidad católica» y afectos a la libertad de conciencia... Y presidiendo la tertulia nacional, la figura prepotente de un general Prim, hepático y burgués, a la greña con todos y de todos respetado y temido. La suprema filfa que era la base política de la Revolución no tuvo nunca otro asiento ni otra energía que los de este catalán tremendo, cuyo ideario político —era jefe del opulento progresismo— no pasaba, si bien se mira, de un enojado antiborbonismo de derechas bien administrado y cuidadosamente burgués. Pero urgía dar a la Revolución una base más segura, porque no era posible vivir mucho tiempo en esa institucionalización de lo provisional de que se hablaba con enojo en los círculos radicales y con envidiosa irritación en las tertulias acomodadas. El general, se propuso este logro dentro del más impenetrable sigilo.

**«NO HAY NADA MAS DIFICIL QUE HACER UN REY.»**— El 11 de junio de 1870, don Juan Prim se confesaba ante las Cortes: «No hay nada más difícil que hacer un rey». Y continúa: «Parece, señores diputados, que la fatalidad ha tenido escrito en el libro del destino de las naciones que en este periodo de dos años no habríamos de encontrar rey». El problema no radicaba sólo, como se suele apuntar, en la vehemencia con que los partidos sostenían cada cual su candidato. Al fin y al cabo, nada había que no pudiera decidir don Juan Prim desde su podio indiscutido de hombre clave.

La dificultad verdadera estribaba en que el rey que viniera a gobernar España estaba dibujado de antemano en los artículos y, sobre todo, en el espíritu de una Constitución acaloradamente debatida, cuyo cuidado primero era alejar del país la sombra autoritaria del borbonismo recién liquidado. La España con honra requería un rey constitucional que lo fuese más allá del rótulo de los duros de plata.

Pero no era esto sólo. Con Isabel II habían caído los más famosos «obstáculos» de la España antigua y, ante todo, el de la influencia clerical. Se había, pues, de buscar en el rey futuro un hombre capaz de alejar la hidra ultramontana que entenebreció el gobierno isabelino y que, por el otro flanco, amenazaba desde

la carcunda carlista. El gran debate de aquellas jornadas —la «cuestión peliaguda», se decía entonces— fue el sostenido entre la «unidad religiosa», que era el alma de combate del neocatolicismo. Los **Integristas** de aquella hora se oponían de uñas a una libertad de conciencia que, por otro lado, no debía ir muy allá, cuando los propios moderados la defendían con tanto ahínco, enfrentándose a las increíbles pretensiones medievalizantes de la extrema derecha neocatólica.

Hacia, pues, falta un rey inmunizado contra la influencia clerical, que fuera, de paso, todo lo liberal que un rey pudiera ser. Romanones lo ha resumido así: «Lo deseaban con antecedentes liberales, alejado por completo de la influencia de la Iglesia, educado en la escuela de la democracia».

**PRIM, EL AMO.**— En cuanto se tejió y destejó, que fue mucho, estuvo por medio la mano incansable de Prim. Fue una negociación ardua y espinosa, porque las cuestiones españolas iban cobrando mala fama en las Cortes europeas y porque sus cancillerías pretendían jugar un papel en la política española que sólo la personalidad del general podía detener.

Serrano, el vencedor de Alcolea, era una sombra desdibujada —y, a veces, un chafarrinón—,

pero poco más. Ni se enteró a menudo de los designios y las trapisondas diplomáticas de un Prim sigiloso, increíblemente tenaz y hasta humilde si llegaba el caso. Los partidos hablaron más de la cuenta, sin contar con que el único oro de curso posible en este negocio era la voluntad todopoderosa del héroe de los Castillejos. Se conspiró, se cabildeó más que nunca, se hicieron planes a gusto de cada cual, se acuñó una amenaza que iba a pervivir mucho tiempo hasta minar la base de la futura monarquía: la oposición castiza al rey «extranjero». Pero todo esto, con tener su importancia en el momento, no era bastante para inquietar el ánimo de Prim. Su fuerza era absoluta, por más que fuera una de las instituciones políticas más coherentemente combatidas por el ambiente.

### TRABAJOS Y ANDANZAS DE UN BUSCADOR DE REYES.—

Las circunstancias, ya se ha visto, apuntaban de modo natural a la Italia «revolucionaria» que acababa de plantarse ante las pretensiones papales y cuya flamante unidad corría por los cenáculos progresistas de Europa con nimbos de odisea. La «cuestión de Italia» llegó a ser la piedra de toque para dilucidar la condición revolucionaria en aquellos días. Garibaldi o Mazzini, cada uno en su papel, eran parte del mitologema tremendista que el sentimiento liberal-romántico de la

## COMO SE HACE UN REY DE ESPAÑA



Nación había puesto en circulación con el concurso de tirios y troyanos.

Allá, pues, se fueron los primeros tiros. Había un principito en Italia, el duque de Génova, tierno de años —tenía sólo dieciséis—, y cuya prosapia le unía a Víctor Manuel con lazos estrechos. Prim se le acercó confiadamente para recibir el primer desaire de una madre celosa —la princesa Isabel—, hasta la que habían llegado las peores referencias de los peligros que entrañaba la Revolución española. Cuenta la historia menor que el incidente pasó a formar parte del repertorio de variedades madrileño y anduvo en boca de chistosos como un dardo insidioso contra el general. Las cosas como son: no era para tanto.

En el fondo de la cuestión, ésta y otras negativas que iremos viendo eran la consecuencia de dos circunstancias: de un lado, el prestigio que en los ambientes revolucionarios iba ganando el insostenible pero eficaz mito de las llamadas «libertades hispánicas»: Italia, España y Portugal, se levantaban como baluartes —¿quién iba a pensarlos años atrás en la Francia de Proudhon, Tolain, de los exilios de Marx y los temibles alemanes comunistas!— de una libertad que parecía reservada a los viejos pueblos meridionales... y, del otro lado, la sombra de Maximiliano, el escalofrío del reciente magni-

cidio, que se agarraba en el recuerdo de las aristocracias como una advertencia sin alegato posible de los peligros que entrañaban aquellos «trasplantes» dinásticos con que las cancillerías parecían querer arreglarlo todo. Huelga decir el efecto que iba a producir en tal estado de ánimo la suerte airada del propio Prim. En fin, había que seguir, y Prim no era hombre fácil para el desánimo.

Más sentimiento había de producirle a Prim la negativa laboriosa de don Fernando de Coburgo, un personaje velazqueño que fue, en su época, algo así como un Eduardo de Windsor con esposa morganática y todo. El negociador secreto de Prim, Fernández de los Ríos, se lo echó en cara, cuenta Romanones, en estos trazos bien sugestivos: vestía «un chaquetón de paño verde, gregüescos del mismo color, botas altas de montar y tocada la cabeza con un sombrero negro de amplias alas». Un ejemplar, ya se ve, que bien cuadraba —un poco rezagado, eso sí— con los gustos de una época hecha aún al regusto de los vuelos románticos.

Pero don Fernando dijo que no; según él, porque su conciencia no le permitía aceptar una corona de pretensiones ibéricas, dando paso a una intriga larga y espinosa, unas veces secreta y otras oficial, en cuyo curso el portugués dio la medida de su

irresoluto albedrío, tan influido por la morganática Fanny, su romántica y exigente consorte, quien, desde el hermoso reducto de Cintra, luchaba con la oposición familiar y diplomática, contraria al proyecto.

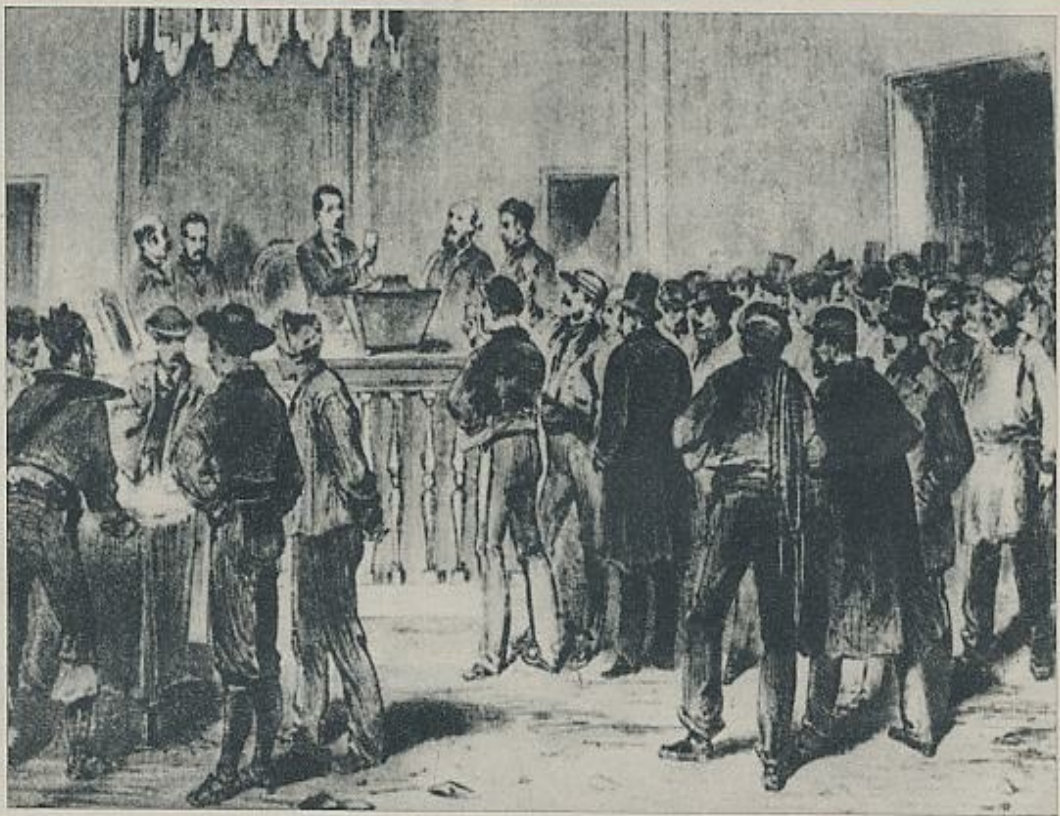
He ahí a un general vencedor en cien batallas —no tantas, probablemente— desarmado por la silenciosa conjura del sí-es-no-es diplomático. A Prim se le agravó la hipercloridria con el ir y venir de los altos correveidiles. Hasta que un día, sin más preámbulos, cambió el rumbo de la bitácora sucesoria en busca de un príncipe nórdico que parecía más fácil y que satisfacía, de paso, la mala voluntad que el general profesó siempre al serenísimo Emperador de los franceses y a su augusta y castiza esposa.

También falló aquí Prim al primer intento. Un príncipe, Federico Carlos, que no era católico, difícilmente serviría para gobernar la católica España. Prim, poco ferviente a buen seguro —era capitán de Guardias de la Masonería española—, lo estimó así con buen ojo y se fijó con preferencia en Leopoldo Hohenzöllern, la baza del propio Bismark en su atrevido envite de germanización europea.

La candidatura Hohenzöllern —una fonética en verdad dificultosa, si llega a salir adelante— cayó como una bomba en los círculos más o menos bonapartistas y, en general, en todos los

que no veían con buenos ojos la mentada germanización. Dicen que Prim fue en este asunto un juguete en manos de la habilidad probada de Bismark, quien movió largamente los hilos de su conspiración antifrancesa a costa de las prisas —justificadas— del canciller español. No entraremos en detalles prolijos en una página que iba a dar mucho que hablar y que, según dicen, tanto terminaría preocupando al propio Prim. La absurda guerra franco-prusiana de 1870, en este incidente se originó, tal y como había previsto el **canciller de hierro**, por el escasísimo realismo de los gobernantes napoleónicos. Parece que se precipitó en demanda de anular la candidatura cuando ya la mina había estallado.

Cierto que todo lo anterior, con ser pintoresco el caso de este despreciado buscador de reyes, no alcanza en el nivel de lo fantástico la menos divulgada anécdota de los candidatos escandinavos. Parece que esta página pertenece al haber de un barón Teófilo Gedelia, banquero judío en busca de otras fortunas, que, al parecer, estuvo en tratos con Prim, proponiéndole, entre otros, un Hans de Glücksburgo, en Duque de Ostrogocia, un Landgrave Federico de Hesse-Cassel y hasta un príncipe Constantino de la Madre Rusia. En estas circunstancias, cualquiera podía lanzar



El viejo Partido Progresista perdió con la Septembrina su tradicional inclinación por los banquetes. La vida española se remozaba, entre otras cosas, con el novísimo sufragio de todos, momentánea panacea universal.

su rey, y, así, el casticismo nacional levantó sus propios sueños. Sueños vanos, sueños tal vez increíbles, pero sueños verosímiles siempre en las aguas revueltas de la Interinidad.

Para quien todavía dude de la imaginación política patria, baste con mentar la candidatura que lanzó el progresismo antañón en favor de don Baldomero Espartero ochentón el pobre para aquel entonces, y retirado irrevocablemente en su feudo riojano. Ejemplo de imaginación, pero ejemplo también de prudencia por cuenta del viejo zorro progresista, a quien faltó tiempo para retirar su papeleta, sin dejarse adular por el lema que recorrió el país: «Espartero rey, es España con honra». El mismo Prim quiso saber si don Baldomero estaría dispuesto a aceptar la corona «en el caso de que las Cortes Constituyentes y Soberanas se dignaran elegirle», consideraciones que el general se apresuró a agradecer «en lo más hondo del corazón», aun viéndose obligado a la renuncia, «porque mis muchos años y mi poca salud no me permitirían su desempeño».

Y puesto a entronizar comunes, hasta se pensó en el regente Serrano, «el general bonito» de otra época, y a quien, bien mirado, no iba a sorprender ni poco ni mucho la intimidad real. Un sueño pronto deshecho por la irritación celosa de Prim, a

quien no faltaban en este caso razones para sus celos.

En la intriga para la sucesión brilló cuanto pudo un hombre singular, tenacísimo pretendiente a la prebenda española y antiguo compañero de viaje de los revolucionarios septembrinos: el duque de Montpensier, una sombra de Felipe Igualdad, Borbón consorte y amargado, enemigo correspondido de Isabel, era un ambicioso jugador de la Bolsa política. Con poco éxito se anduvo en estas especulaciones mirando de más cada moneda que le costaba y halagando como podía el instinto antiborbónico de las masas populares. Pero la candidatura orleanista no era grata a demasiadas gentes y, sobre todo, no era grata a Prim, incluso antes de que el Duque se arruinara en el famoso duelo que le costó la vida a aquel don Enrique de Borbón, ateo hasta la muerte —se confesó antes de ir al duelo—, masón probado y hasta opositor a miembro de la Internacional. Lo mismo le hubiese dado en todo caso, porque para entonces ya Prim había decidido —admirable paciencia, tratándose de un hepático!— intentar la aventura definitiva cerca de la prestigiosa Casa de Saboya y en la persona del hijo de Víctor Manuel, don Amadeo, Duque de Aosta.

**LOS MERITOS DE SABOYA.**— Es poco probable que don Juan

Prim conociera los antecedentes insignes de la Casa de Saboya. Es, en todo caso, una historia larga, muy del gusto romántico, donde no faltan ancestres de alambicada caballería ni santos del mejor cuño. Una historia entrañada en lo más hondo de la patria italiana, como un arquetipo de esa novela feudal que constituye la lucha por la independencia y la unidad peninsular.

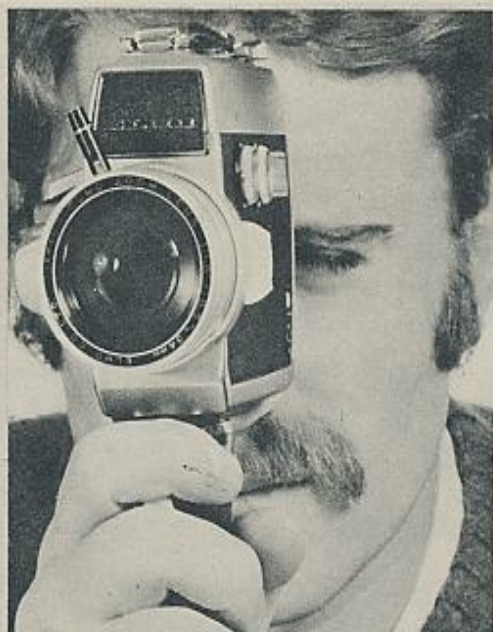
Los Saboya comenzaron su epopeya en el recoleto valle de Aosta. Allí comenzó una larga odisea expansionista, que iba a terminar, muchos siglos después, en el dominio pleno del reino italiano. Su historia es, como va dicho, la representación abreviada de los afanes seculares de una aristocracia feudal en cuya ambición había sitio para el sueño de la unidad nacional, que habían de conseguir diez siglos después, siendo el Jefe de la Casa Víctor Manuel II, ya en la segunda rama —Carignan— de la estirpe de Saboya.

No deja de resultar admirable esta decisión política, en virtud de la cual los tonantes destronadores de una de las más afirmadas monarquías europeas acabarían buscando la solución institucional de su Revolución en una Casa de tan alto abolengo e indiscutida prosapia. La Historia guarda estos chascos para aviso de ingenuos y exaltados.

De todas formas, el mérito de la Casa de Saboya no era de

este orden, a los ojos de los revolucionarios. La inquietud de Prim por afianzar el futuro se correspondía con las prisas de todo aparato político —el «establishment»—, que veía en una interinidad demasiado prolongada una vía de agua capaz de echar a pique el barco endeble de la España septembrina si no se le dotaba de un gobernalle firme. El progresismo, más o menos generalizado, temía la hegemonía de Prim, la ambición de Serrano, el creciente papel de los políticos, pero, sobre todo, desconfiaba de un régimen provisional, al que no se le veía una salida lógica. España era monárquica —eso ya era algo—, y las clases dirigentes tenían prisa por recuperar el equilibrio en una monarquía que, para unos, era el aval de la normalidad económica; para otros, la garantía de una vida política estable —y rentable—, y, para los de siempre, «la horma del zapato» que necesitaban los exaltados. Las prisas progresistas eran el eco de la honda preocupación, del temor incluso, frente a la creciente marejada revolucionaria. En realidad, lo que asustaba a la burguesía comprometida en el 68 era la virtualidad —insostenible para sus intereses de clase— de los compromisos contraídos con la democracia. La sombra del antiguo liberalismo —el «espectro liberal»— se hacía cada instante más densa y perniciosa en los trazos nuevos de un





## Lo que usted ve a través del visor Elmo será más tarde una obra de arte

El cine amateur -como todo arte- depende de la sensibilidad del artista. Pero este necesita además una serie de medios técnicos que le permitan expresar con toda fidelidad aquello que siente.

El reconocido prestigio de Elmo, como primerísima firma mundial en aparatos y accesorios para cinematografía, está basado en ser el complemento técnico ideal para la sensibilidad del buen amateur. Por esto, los mejores aficionados del mundo se sirven de un equipo Elmo y están encantados de hacerlo, ya que Elmo les permite sacar el máximo partido de su arte. Con un equipo Elmo no sólo se logra una mejor calidad, sino que el mismo proceso de la realización es, de por sí, un auténtico placer.

un equipo de prestigio

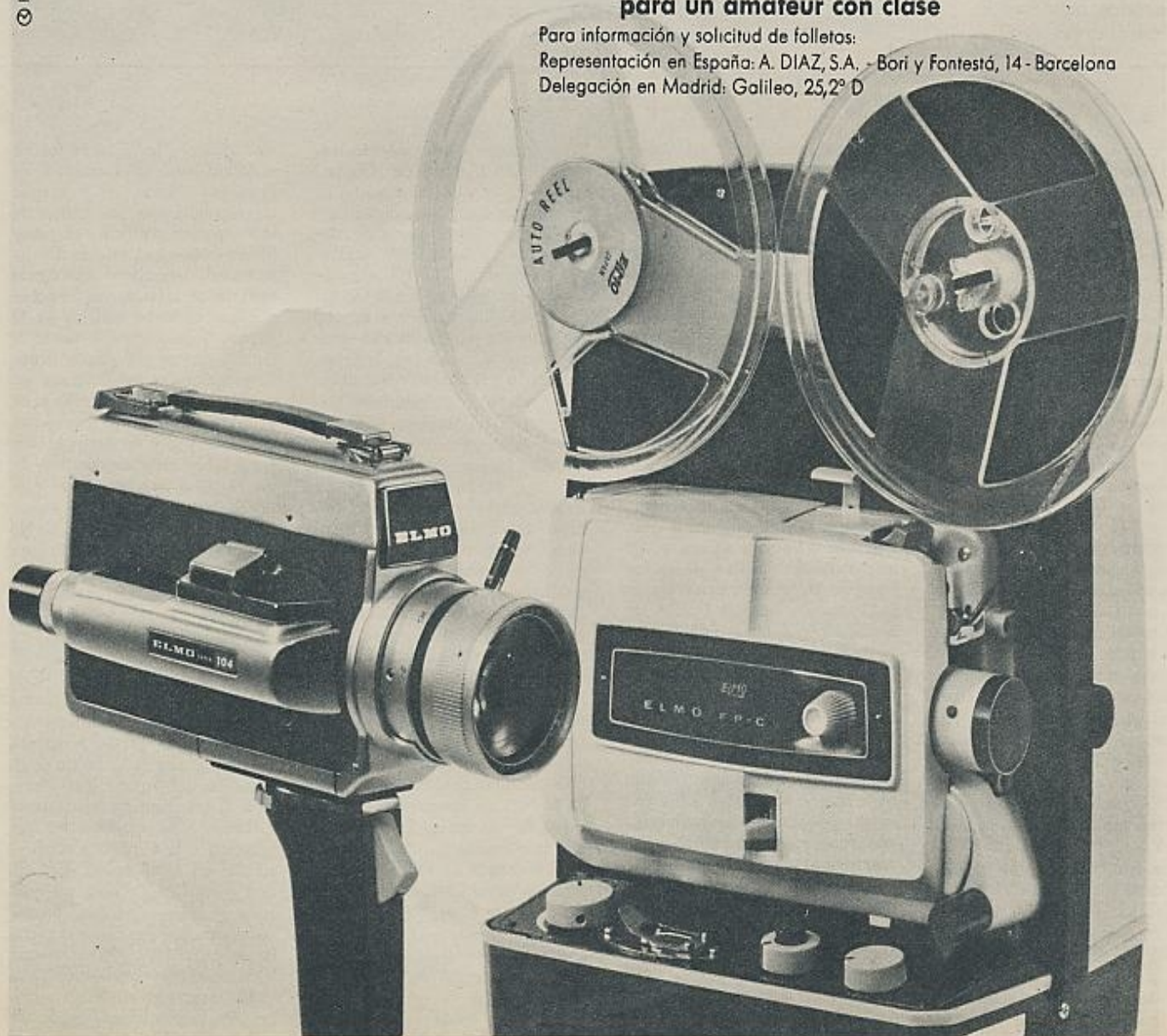
# ELMO

para un amateur con clase

Para información y solicitud de folletos:

Representación en España: A. DIAZ, S.A. - Bori y Fontestá, 14 - Barcelona  
Delegación en Madrid: Galileo, 25, 2º D

© ROLDOS, S.A.





## COMO SE HACE UN REY DE ESPAÑA

El orden nuevo se vio amenazado desde un principio por la guerra —Cuba y el Norte— y por el espectro del libertinaje, que la derecha usaba como argumento supremo. Dos peligros que acabarían arruinándolo.



republicanismo que ganaba terreno en la atmósfera propicia de una tregua forzada —la Intermisión—, con la que era preciso terminar.

En cuanto a Amadeo, si es cierto que no iba a inflamar la imaginación española, lo es también que reunía objetivamente buena parte de los requisitos abstractos esbozados en la opinión constitucionalista. El prestigio de la «revolución italiana» colocaba a este hijo del «rey de la unidad», soldado él mismo en la lucha de su patria, en una posición aceptable para los partisanos desinteresados de la cuestión «italiana». Y, por otra parte, los Saboya halagaban las ínfulas anticlericales de un progresismo y de una democracia como la española, tantas veces definida casi exclusivamente por la inquina a la influencia de la Iglesia Romana. Porque a los sinsabores del curialismo isabelino, hay que agregar la enemiga profesada por el pueblo y por los dirigentes a esa otra forma de influencia que era el carlismo en su formulación neocatólica. Es un caso curioso que no debemos perder de vista al juzgar la historia española del siglo XIX: que el anticlericalismo español es un reflejo defensivo que se dirige tanto hacia la extrema derecha inquisitorial como hacia el campo llamado «liberal» de la monarquía isabelina. De ahí que la imagen de un monarca desafecto

a los tratos romanos cuadrara bien con una opinión cansada de políticas ultramontanas.

**LA INSTAURACION.**—De todos modos, la elección de Prim era forzada. Cansado de otros desprecios —el propio don Amadeo se negó a aceptar la corona en primera amonestación—, su decisión de entronizar a los Saboya era tan firme como única posible. El país entero repetía aquella frase suya —los «tres jamases»—: «Jamás, jamás, jamás la restauración borbónica, nunca la República», que ahogaba antes de nacer las pretensiones del izquierdismo aliado en el 68 y desbarataba, de pasada, los planes que ya estaba incubando una burguesía astudiza que recogía velas a las primeras ráfagas.

Que Prim era el amo lo demuestra esta decisión suya de «instaurar» una dinastía importada frente a todo el aparato moderado y al obstáculo realmente notable que constituía el casticismo, más o menos goyesco, más o menos majo, de la aristocracia, del Ejército, del clero urbano y hasta de esa porción del pueblo soberano que Machado retrató «devoto de Frascuelo y de María». Porque Prim, naturalmente, contaba con que esos obstáculos tendrían que contar con el peso de su espadón y con esa determinada manera de ser que deja transparentar en alguna carta marcial con estas palabras poco conoci-

das: «Cuando se empuña la carabina, ya no hay que andarse con remilgos». No faltó, claro está, quien viera en estas maneras su oculta voluntad de erigir la dictadura personal, tras el aparato de una monarquía democrática cuidadosamente esterilizada. Así se lo echó en las barbas el propio Castelar. Pero hay que suponer, en justicia, que, llegado el caso, Prim hubiera encontrado en la dignidad constitucional de don Amadeo un serio obstáculo a sus propósitos.

Las Constituyentes no dieron a Amadeo la mayoría absoluta. En ellas dominaba la voluntad de Prim sobre un conglomerado heterogéneo fuertemente teñido de republicano, de orleanismo y hasta de carlismo legitimista. Se cuenta que Prim —era el 16 de noviembre— permaneció en el banco azul, atento, confiado, con la sola inquietud de que los tremendistas consiguieran menguar los votos favorables por bajo del límite previsto. Así quedó la votación:

Votos republicanos:	
«República» ... ..	1
«Rep. Unitaria» ... ..	2
«Rep. Federal» ... ..	60

Votos monárquicos:	
Amadeo ... ..	191
Montpensier ... ..	27
M. Luisa Montp. ... ..	1
Príncipe Alfonso ... ..	2
Espartero ... ..	8
Abstenciones ... ..	19

¿Quién traía, en verdad, a don Amadeo? ¿Dónde se apoyaba esta dinastía de importación que iba a tener que bregar con un país «trabajado por mil partidos»? La calle acogió, según dicen, con frialdad la nueva de la instauración. En Madrid, el «todo Madrid» ése, todavía fuerte y básicamente nobiliario y hecho a la horma de la cortesía pasada, parece que se dispuso a esperar, con una sonrisa escéptica, el presumible desenlace. Hubo quien se aprestó a la reserva, empeñando el honor en la empresa diminuta de no jurar la monarquía, o de no «hacer la corte», o de no bendecirla, según los casos. Y desde el desván republicano, tronaron incontinenti los enemigos del general Prim.

La causa de Amadeo, después de todo, era asunto exclusivo del general. Comenzaba a cundir la leyenda del Rey Solitario, que, andando el tiempo, terminaría evidenciando la debilidad de una institución forzada y las contradicciones profundas que latían en lo más hondo de aquellos compromisos revolucionarios. Falta tan sólo ver si Prim era capaz del milagro. ■ J. A. G. M.

PROXIMO NUMERO:  
**COMO SE HACE UN REY  
DE ESPAÑA (y 2)**  
EL DRAMA DE UN  
HOMBRE SOLO